



LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de Películas
de la marca

Núm.

42

PARAMOUNT

25

Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS — BARCELONA

THE LITTLE FRENCH GIRL 1925

LA FRANCESITA

Sentimental comedia, interpretada por

ALYCE JOYCE, NEIL HAMILTON, ESTHER
RALSTON, MARY BRIAN

Es un film PARAMOUNT

Distribuído por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

© 1925

IMPRENTA BADIA
Dr. Dou, 14 - Barcelona



LA FRANCESITA

Argumento de la película

Desde los remotos tiempos de los reyes sajones, los varones de la familia Bradley habían sido soldados de Inglaterra.

Cierto día la señora Bradley decía a Gil, su hijo menor:

—Yo desearía que no tuvieses que volver al frente... Y precisamente el mismo día que tu hermano Owen regresó a casa.

La guerra europea había alistado en las filas militares a los dos hermanos. Estos seguían la gloriosa tradición de una familia de héroes.

—¡No te pongas triste, mamá! —respondió Gil—. Esta vez Owen estará en casa todo el tiempo que le corresponda de la licencia.

Toppie, la novia de Owen, llegó a aquel hogar. Y mientras los tres hablaban, se recibió un telegrama.

—Es del Ministerio de la Guerra—dijo Gil
—Esto quiere decir que Owen...
Desplegaron nerviosamente el despacho y la madre leyó:

*Sra. Bradley. Broncati, Londres.
Siento comunicarte licencia suprimida
Owen*

—Esta es la tercera vez que le suspenden la licencia—dijo Toppie, malhumorada.—Esto no es justo...

Se comentó tristemente aquella noticia que les separaba de nuevo del ausente. Y sufrió dolorosamente la señora Bradley al ver que se quedaba sin los dos hijos. Gil miró a Toppie... Le gustaba la novia de su hermano, pero el deber le obligaba a acallar esta pasión...

Unas horas después Gil partía para el frente...

Mientras tanto, allá en París, en el hogar de Madame Vervier, estaba el hombre a quien “habían suspendido la licencia”, el capitán Owen Bradley.

Enamorado locamente de aquella dama francesa, todas las licencias que obtenía, las pasaba en casa de su amada, olvidando por completo a Toppie y a los otros seres queridos de Londres.

Una gran pasión le hacía esclavo de aquella mujer.

—Owen—le decía ella aquel día en un sa-

loncito íntimo de su suntuoso hogar,—ya sé que soy una egoísta en quererte para mí sola, pero, ¿no te parece injusto el haber dado un desengaño a tu familia... por la tercera vez?

—Cuando se trata de ti, Elena, lo demás es secundario.

Entró Alix, la hija de Madame Vervier, una rosa de Francia, cuyos conocimientos del idioma inglés habían sido durante la guerra un consuelo para los soldados ingleses heridos.

—¡Oh, capitán Owen! ¡Cuánto me alegro de volverle a ver! Vuelvo del hospital de sangre y el primer militar con quien hablo en París es en casa de mamá!

—¿Y qué tal por el frente, chiquilla?

—Curando a los heridos!... Ustedes los ingleses son unos hombres adorables... jamás se olvidan de escribir a sus novias.

Saltó como un jilguero y luego se alejó de la estancia para ir a saludar a los sirvientes y contarles lo que había visto en los hospitales de sangre.

Elena y el capitán se miraron. Este, mostrando una carta que llevaba en el bolsillo, la entregó a su amiga.

“Mi adorada Toppie—leyó la francesa—. Tal vez a ti te parecerá inesperado y cruel, pero más cruel sería que continuase ocultándote la verdad.

Se interrumpió Elena para decir:
—¿Quién es esta Toppie, tu novia?
—Lo fué...



—...¿no te parece injusto el haber dado un desengaño a tu familia... por la tercera vez?

Movió ella la cabeza con disgusto y continuó leyendo:

Estoy enamorado de la señora Vervier, de París. Ella me ha hecho comprender lo que es el verdadero amor, el amor generoso que lo da todo y lo sacrifica todo. Es por esto que te ruego que olvides.

Owen.”

—¡Oh, no!—protestó la francesa rompiendo a pedacitos la carta—. Un amor como el nuestro no puede ser duradero... cuando la guerra haya terminado volverás con tu Toppie y te casarán con ella.

—A quien quiero es a ti, Elena. Si nos amamos, ¿por qué preocuparnos de los demás? Pero ella se mantuvo inflexible.

—Hoy te amo a ti más que a nadie en el mundo, pero algún día nuestro amor morirá. Esto lo sé yo...

La Señora Vervier había sido muy desgraciada en su vida. Viuda desde muy joven con una hija, quiso mantener a toda costa el lujo y tuvo que rodar a veces por pendientes dolorosas para conseguirlo. Era una mujer ligera pero en cuyo fondo existía un poso de un sentimentalismo discreto.

—¡Oh, eso sí que no! Yo te amaré mientras aliente—dijo el capitán—. Y rodearé tu vida y la de tu hija de todo el esplendor que merecéis.

—¡Pobre Alix! Ella no quiere que sea como yo, no debe serlo...—respondió Elena.—Ella debe encontrar la felicidad en el matrimonio, mas no aquí, en Francia...

Y pareció suspirar por el porvenir de aquella muchacha pura que ella quería librar de influencias malsanas y contaminosas.

Owen estaba ciego de amor. Sabía que la

vida de Elena no había sido siempre un modelo de honradez, pero la venda del cariño le cegaba. Sin embargo, quería también para Alix la seguridad de algo limpio.



—Si nos amamos, ¿por qué preocuparnos de los demás?

—¿Por qué no la envías a Inglaterra?—propuso—. ¿Por qué no la mandamos con mi madre?

—¡Oh, sí! Pero, ¿consentirá tu mamá?

—Le diré que es una enfermera francesa, una muchachita que se ha desvelado por nuestros soldados y accederá... Aquel ambiente le será saludable. Allí podrá realizar una buena boda. Y nosotros libres y solos, nos amaremos siempre.

—¡Owen!

Cuando propusieron a Alix su marcha a Inglaterra para tan pronto terminase la campaña, la joven dió muestras de entusiasmo. Le gustaba todo lo inglés y sentía por el capitán Owen, tan buen amigo de mamá a la que sabía él amaba, una verdadera simpatía.

El día siguiente fué el último que permaneció en París el capitán Owen. Despidióse hasta la estación de la señora Vervier y de su hija. Gil, que había llegado a París y se disponía a partir para el frente, vió a su hermano en compañía de aquellas señoritas y comprendió toda la verdad. ¡Ah, Owen... Owen! ¡Algún lio en París le había impedido ir a ver a su madre y a la novia ausente!

Nada quiso decirle entonces, al verle en la estación. Ya en el frente de combate, fueron destinados ambos a la misma sección en las trincheras.

Unos días más tarde, el 11 de Noviembre de 1918, a primeras horas de la mañana, se sostuvo una ligera escaramuza con el enemigo. Una bala traidora se incrustó en el pecho

de Owen, hiriéndole mortalmente. Corrió Gil, transido de dolor, en su auxilio. Vió que todo era inútil. Una gran palidez cubría el rostro de su hermano. Su vida iba a acabar.

—Gil... hermano mío—le dijo Owen, entre estertores agónicos—...hice una promesa... y te pido... que la cumplas por mí.

—¡Habla, Owen!

—Se trata de la hija de Madame Vervier... Vive en París... Ruega a mamá que admita a esa niña en su casa para vivir a su lado... ¡Es un ángel!... ¡Lo harás, Gil?...

—¡Te lo juro!

La voz alegre de un soldado les estremeció:

—¡Hay orden de no hacer fuego! ¡Se ha firmado el armisticio!

Owen sonrió tristemente a su hermano y luego añadió fatigosamente:

—¡No hacer fuego! ¡Qué broma más pesada para mí!

Y cuando las trompetas anunciaron en júbilo la paz, Owen entregó su juventud a la muerte.

* * *

Al cabo de poco tiempo, los Bradley, queriendo cumplir el deseo de Owen, mandaron a buscar a Alix, aquella enfermera francesa, ángel tutelar de los heridos. Al principio no

fué más que una obra piadosa lo que hacían, mas pronto la bondad e inocencia de la niña abrieron el corazón de todos.

Una mañana llegó a aquella casa, Toppie, quien llorando amargamente se estrechó en los brazos de la infortunada madre.

—No he podido venir antes porque mi padre estaba muy enfermo —dijo. —¡Pobre Owen!...

Después dijo cariñosamente a Gil:

—¿Estabas con Owen cuando murió?

—Owen murió en mis brazos—repuso el joven.

—Su recuerdo es mi único consuelo.

Y la novia se retorcía de desesperación ante el sacrificio de aquel bravo militar que había dado a la patria lo mejor que tenía: la existencia.

La señora Bradley presentó a las dos jóvenes:

—Esta es Toppie, que fué novia de Owen, Alix; y esta, señorita es Alix, Toppie. Es la muchacha francesa de quien te hablé, cuya madre fué siempre muy buena y cariñosa para con Owen.

—Le queríamos mucho! —dijo Alix, que estaba sorprendida ante la noticia de que el capitán hubiese tenido novia.

—¡Pobre Owen! —dijo Toppie. —No le había visto desde hacía muchos meses. Por su-

puesto que ni usted ni su mamá tampoco lo verían, ¿verdad?

Alix iba a responder que Owen se había hospedado en su casa, pero le pareció que ello disgustaría a Toppie. Y mintió:

—No... el verano pasado no vimos al capitán Owen—dijo.

Toda la familia, menos Gil, ignoraba en aquella casa las relaciones amorosas existentes entre Madame Vervier y el capitán Owen.

Gil sonrió cuando escuchó aquella mentira de la joven. Y al día siguiente le dijo con un gesto de reproche:

—¡Alix, ayer dijiste una mentira!

—Yo me figuré que tú querías que mintiese por el bien de Toppie.

—A pesar de lo mucho que amo a Toppie, a pesar de que la adoro, no quiero que ella pierda nunca la fe que tenía en Owen... pero en lo futuro espero que no volverás a mentir por el bien de nadie. Owen no tuvo la culpabilidad de lo que ocurrió.

—Haces mal en acusar a mi madre! —protestó Alix. —Ella no sabía nada de Toppie. Creía que el capitán era libre.

—¿Estás segura?

—Sí... sí... ¿qué podía hacer mi mamá si el capitán Owen quería casarse con ella?

Alix había considerado siempre a su madre como una santa ...

—Lo comprendo probablemente mucho más que tú—dijo Gil, algo disgustado.

—¿Me perdonas... por haber mentido?

—¡No faltaba más!

El joven sonrió al verla partir; Era tan encantadora esa francesita que tenía toda la gracia espiritual de su país!

Mientras tanto, Madame Vervier continuó llevando su acostumbrada vida en su villa de la Costa Azul. Su existencia se deslizaba entre un lujo paradisíaco.

Todas las noches sus salones se veían llenos de gente. Uno de los más asiduos concurrentes era Enrique de Maubert, un arqueólogo distinguido que tenía en Madame Vervier un interesante ejemplar para sus investigaciones históricas.

—Parece que estás muy emocionada, Elena —le dijo riendo cuando terminó su audición un joven pianista—; Es por la música o por el músico?

—Por las dos cosas—replicó ella con desenfado

Y se apartó de él para ir a saludar a Andrés, el pianista triunfador.

Maubert comentó con un amigo, un tenorio curtido en numerosos lances:

—Señor de Valenbois, para complacer a Elena Vervier, un músico tiene que ser ciertamente de mucho talento.

Ella y el pianista se retiraron a una terraza. Ya en ella el músico expuso todo el ritmo de su amor. Pero la señora, que conocía demasiado la vida, le respondió:



Madame Vervier continuó llevando su acostumbrada vida en su villa de la Costa Azul.

—No, Andrés, no, tengo que pensar en mi hija... Hasta que su porvenir esté asegurado, no puedo pensar en mí...

—No tenéis alma—repuso él.

Elena no quería preocuparse de otra cosa que de su hija. Y con un deseo de tenerla algún tiempo a su lado, unos días después le escribió esta carta:

Mi adorada Alix:

Es preciso que regreses pronto conmigo. Deseo que venga contigo el oficial Gil, el hermano de Owen.

Tu madre,

ELENA

Y obediente al mandato materno, Alix regresó a Francia en compañía de Gil.

En aquella atmósfera impregnada de lujos de la Costa Azul, Gil se dió cuenta del mal concepto en que estaba considerada la señora Vervier, siempre viviendo entre amores más o menos ligeros y entretenidos.

Una tarde mientras se jugaba al tennis en la quinta de Elena, una de las invitadas, una señora imposibilitada, de lengua de escorpión, dijo a Gil:

—¿De modo que el señor ha venido a juntarse a la corte de admiradores de la bella Vervier?

—Nada de esto, señora Dumont. Alix ha regresado al lado de su mamá y yo me he encargado de acompañarla—respondió él, ligamente disgustado.

Sonrió la vieja y señalando a Elena que hablaba con un elegante caballero de bastantes años, dijo:

—Un nuevo príncipe ha entrado en su reino. Es el último favorito de nuestra encanta-



—Parece que estás muy emocionada, Elena.

dora y generosa Madame Vervier. Elena es así... Cambia de amores constantemente. ¿Ve usted aquél otro caballero que está allí a lo lejos? Pues en un tiempo fué el amigo más íntimo de Madame Vervier... Con ella la amistad es cosa efímera.

Gil sonreía amargado... ¡Ay, aquella Ele-

na! ¡Qué vida la suya tan detestable! ¡Y en aquel ambiente iba a vivir Alix!

—Su último e íntimo fué un oficial inglés a quien conocí en su casa de París... Se llamaba...

—Se llamaba Owen—respondió Gil, sernamente

—¿También lo conocía usted? ¡Qué lástima de mozo! Murió el día del armisticio. Y la señora Vervier no se acordó apenas de él.

Alejóse Gil con el alma llena de crueles pensamientos. ¡Qué mundo aquél! ¡Frivolidad... maldad tal vez!

Vagando desorientado por los salones, uno de los invitados, el señor Maubert, acercóse a él y le dijo:

—Le veo a usted preocupado... Me parece que Madame Dumont ha vuelto a soltar la lengua.

—¿Me contó la verdad, no es cierto?

—Tal vez... Eso de la verdad depende mucho del punto de vista de cada cual... Por supuesto culpará a Madame Vervier.

—Así es...

—Pues hace usted mal en juzgar si no comprende la cuestión en juicio... Con ustedes los ingleses el amor es una cosa, con nosotros otra.

—Para mí el amor es una cosa sin sentido,

á menos que entrañe... fe... honor... sacrificio...—dijo Gil.

—Este es el ideal de ustedes los anglo-sajones, pero nosotros los hombres del continente, tomamos el amor por lo que es. En esta casa reina una amplia tolerancia... ¿No ve usted ahora mismo a Alix?

Miraron efectivamente a la muchacha que salía en traje de baño para ir a la playa y era abordada por el señor Valenbois, encantado ante la muchachita.

—¿Qué me dice usted de esta inocente criatura?—dijo Gil—¿Qué va a ser de ella con esa libertad?

—Pregúnteselo a Elena...

Gil sufría por la bella muchachita. Y aquella misma noche fué a pedir explicaciones a la que había sido amiga de su hermano, protestando contra su conducta. Aquel ambiente de libertad, de lujo, de tolerancia, eran indudablemente perjudiciales a muchachitas honradas como Alix.

Elena sonrió con amargura:

—Usted me condena, ¿verdad? pero a pesar suyo... yo le admito y quiero a usted, porque es el hermano del hombre que quise.

—¡No hable usted de él! ¡Usted se apoderó de su vida! ¡El tenía una novia... y usted se la quitó!

—¿Por qué me censura usted? Yo nada

sabía de ello... y no creo que hicimos mal alguno... Fuimos arrastrados por la fuerza de las circunstancias.

—Usted le arrastró... Es usted como un hermoso y al mismo tiempo peligroso torrente de la montaña.



...era abordada por el señor Valenbois, encantado ante la muchachita.

—¿Qué culpa tengo yo? —dijo.—¿Acaso culpa usted al torrente porque no es profundo y quieto como un estanque?

—¿Pero va usted a permitir que su hija siga el mismo camino?

—¡No! —contestó ella con energía.—Precisamente por esto escribí que volviese de Londres con usted.

—¡No comprendo!...

—Para ella quiero la seguridad. Es por ésto que quisiera que se casase con un caballero ing'és de honorable familia.

Gil bajó los ojos. Y la madre, decidida y audaz, deseando para su hija una ventura que la pusiera a salvo de cualquier pendiente resbaladiza, le dijo:

—Como usted, señor...

Gil se estremeció.

—Lo malo está en que yo amo... he amado siempre a otra mujer.

—Lo siento, mas esto no impedirá que me haga usted la merced de regresar a Londres con Alix.

—¡Sí! Owen quiso que Alix viviera con mi madre... y cumpliremos su deseo. Porque en casa no saben qué clase de relaciones unieron a usted con Owen. ¡Adiós, señora!

—Gil, ¿no comprende usted? Yo quiero para mi hija, una vida de honradez... una vida bien distinta de la que por desgracia he llevado yo... ¡Oh, Gil... sea usted bueno para con nosotras!

—¡Lo seré, señora! —dijo el joven con frialdad.—¿Desea usted que busque un marido inglés para su hija?

—Si pudiera ser...

—Lo probaremos.

—Gracias, Gil. En cuanto a Alix, ella me obedecerá, como siempre lo ha hecho.

Unos días después regresaban a Inglaterra la ingenua Alix y Gil.

* * *

Gil hizo todo lo posible para presentarla a las damas más distinguidas de la aristocracia inglesa, comenzando por Lady María Hamble.

Jerónimo, el último hijo y la última esperanza de la familia Hamble, un muchacho bastante tonto, se convirtió pronto en el admirador más persistente de Alix.

Gil seguía amando en silencio a Toppie pero nada quería decir de este amor, deseando respetar la pena que invadía a la novia. ¡Si ella hubiera sabido lo infiel que le había sido el capitán Owen! Pero Gil era tan noble que acallaba para siempre su corazón en aras del recuerdo honrado!

Una noche se dió una reunión en casa de los Bradley. Viendo a Jerónimo hablar con Alix, Lady María Hamble dijo a la señora Bradley:

—Jerónimo parece que está muy entusiasmado con esa jovencita francesa. ¿Qué piensa usted de ella, señora?

—Todos la queremos mucho. Para mí es como si fuera una hija.

—¡No! Quiero decir... para esposa de mi Jerónimo.

—Pertenece a la familia de los Vervier.

Mientras tanto Jerónimo le decía a Alix:

—Hace días que quiero hacerte una pregunta, Alix. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Oh, así... tan de repente!...—contestó ella sorprendida.

—Mi posición social es indiscutible. ¡Soy vizconde!

—Ya te contestaré más tarde. ¡Ahora no puedo!

Y turbadísima, no sabiendo realmente qué decir, aunque amando poco a Jerónimo, buscó a alguien con quien poder aconsejarse. Encotró a Gil, su buen amigo, y le dijo:

—Jerónimo acaba de preguntarme si me casaría con él. Antes de dar una respuesta desearía saber tu consejo.

—¿Le amas?

Ella no contestó directamente y contempló al joven.

¡Ah, a quien ella amaba en el fondo de su corazón era al hermano de Owen! Pero respondió, sin atreverse a demostrar este amor que había nacido lentamente:

—A mi madre le gustaría y si tú estás conforme, creo que es lo mejor para todos.

—Si es así, cásate con él, Alix...

Se despidió de ella y poco después Toppie, la mujer a la que él tanto quería, fué llorosa al encuentro de Gil:

—Mi padre se está muriendo, Gil. Haz el favor de acompañarme a casa. Acaban de avisármelo.

—¡Oh, Dios! ¡Vayamos allá inmediatamente!

Y el joven que por respeto a la memoria de Owen no se atrevía a declarar su cariño a Toppie, la acompañó a su hogar.

Jerónimo decía sonriente a su madre:

—Mamá, tengo que darte una gran noticia: Alix está a punto de aceptar mi mano.

La señora Bradley celebró aquella nueva. Deseaba para Alix, la protegida del soldadito muerto, un buen marido.

A media noche llegó a la casa la señora Dumont, íntima amiga de la señora Bradley.

—¡Qué sorpresa más agradable, señora Dumont! —le dijo al verla. —Supongo que habrá traído muchas cosas graciosas que contar de Francia!

—Algunas... algunas!...

—También yo tengo que darle una gran noticia —dijo la señora Hamble. —Mi hijo Jerónimo se casará pronto con la señorita Alix de Vervier.

—Alix de Vervier? ¡Ah, ya las conozco!

Ya les explicaré a ustedes otro día.

Y dejó para unos días después la explicación de su maligna palabra.

Pasó una semana. Había muerto el padre de Toppie y ella había manifestado su intención de ingresar en un convento.

Cuando Gil supo esta determinación le invadió una inmensa melancolía.

—Ella —explicó la señora Bradley— nos dijo: Muerto mi padre, no me queda ya nadie en el mundo y en el convento estaré más cerca de mi Owen.

—Esto no puede ser! —protestó Gil— ¡Esto es absurdo!

Alix, que asistía a la entrevista, comprendió en aquel instante, todo el amor que Gil sentía por la desgraciada. Y aunque ella amaba a Gil, quiso acallar estos sentimientos y sacrificarse.

Fué a ver a Toppie. No quería que esa muchacha siguiese en la fidelidad a Owen... haciendo desgraciado a Gil... Alix, aunque con el alma transida de pena, arreglaría las cosas.

Intentó dulcemente disuadirla del propósito del convento.

—No va usted allí a enterrarse en vida, amiga...

—¿Por qué no, si nada me importa? —sollozó— Si allí estaré junto a Owen, pensando siempre en mi amado...

Alix era generosa, sacrificaba su propio corazón en aras de los demás. Ella sabía que Gil sufría... sufría mucho y que amaba a Toppie.

—Toppie—le dijo—voy a hablarle a usted claro.—Sé que por respeto a la memoria de Owen, no ha dado usted nunca esperanzas a Gil.

—Es cierto... Gil es un buen amigo; nada más. Quiero ser eternamente fiel al que me lo fué siempre.

—Owen nunca la amó a usted como usted lo amaba.

—¿Qué quiere usted decir?

—Owen amaba a mi madre—contestó Alix decidida.

—¡Oh, no... no!

—Es verdad, Toppie, estuvo tres veces en París con nosotras y cada vez dió a usted por excusa que le habían suspendido la licencia.

Una gran desesperación se apoderó de Toppie al ver roto su ídolo.

—¡Su madre es, pues, una mala mujer!—rugió.

—¿Cómo podía mi madre impedir que el capitán Owen la amase a ella más que a usted?

—¡Su madre me ha robado el amor del hombre a quien yo amaba! ¡Qué infamia! ¡Pero... no... yo no amaré por eso a Gil... apártese usted de mi lado! Me mantendré fiel a la memoria de Owen... él era inocente...

inocente... Estoy segura... El me amó únicamente a mí... a su madre no... no...

Alix, dolorida, abandonó aquella casa... Aquella mujer seguía amando locamente a Owen, a pesar de todo... a pesar de la supuesta traición... ¡Y para Gil no habría nunca esperanza!

—Y ella... Alix? ¡Bah! Acallaría para siempre su amor por Gil y se casaría con Jerónimo... como así lo quería su madre... que deseaba unirla con un caballero de noble familia inglesa... ¡Si pudiera ser Gil!

Al llegar a casa se encontró con una desgradable sorpresa. La señora Dumont explicaba a las señoras Bradley y Hamble quién era Elena:

—Es una de las mujeres de más mala reputación de Francia... Es una cosa deplorable.

—¿Quién iba a pensarla? ¡Y nosotros hemos tenido aquí a esa chica!

—¡Y yo iba a consentir que Jerónimo se casase con ella!

Y cuando Alix llegó, la señora Hamble acercóse a ella y le dijo:

—Hija mía: hemos sabido ciertas cosas... Los hijos pagan a veces las culpas de los padres... Pero después de lo que hemos sabido, no hay más que un camino... Romper el compromiso.

Todo lo comprendió Alix. Aquella gente se

había enterado de las relaciones entre Elena y el capitán Owen.

—¿Quiere usted decir que mi madre no es lo suficiente buena para su familia? —protestó.

—Oh! yo no digo tanto... pero...

—Pues si mi madre no es buena para su familia tampoco lo es su hijo para mí.

Y luego dirigiéndose a la señora Bradley, le dijo:

—Después de lo sucedido, no puedo continuar al lado de usted... Pero antes deseo darle las gracias por lo buena que ha sido para conmigo. Yo no puedo continuar al lado de personas que tan mal piensan de mi madre.

Y aquella misma noche, a pesar de las protestas de Gil que experimentaba una pena hondísima por la separación. Alix abandonó Inglaterra.

Pasaron unas semanas. Alix había regresado a Francia, dispuesta a olvidar...

Y en Londres una gran melancolía invadía a Gil viendo su hogar desierto sin la alegría que antes comunicaba Alix. Ahora la situación del joven se hacía dolorosísima.

Toppie se había encerrado en un convento, no queriendo ver a nadie... y él veía desapacidas a los dos mujeres que últimamente le in-

teresaron. Y en su alma, viendo perdida ya para siempre a Toppie, surgía cada vez más vivo y luminoso el recuerdo de Alix... ¿Qué le importaba lo que pudiera haber sido la madre de Alix? ¡Si ésta era buena, era encantadora... era pura!... Y en aquel ambiente materno... ¿qué sería de ella?

Una tarde estuvo a ver a Toppie en el jardín del convento. Ella parecía muy consolada, muy llena de unción mística y de dulcedumbre.

—Gil, he hallado la paz —dijo— Cuando una persona acepta la verdad, encuentra la paz.

—Toppie —murmuró él no queriendo desanimarla— Owen te amó siempre...

—Lo sé... y yo le amaré... a pesar de todo lo que ha sucedido... Owen y yo estamos siempre juntos... Aquello de Owen y de la francesa fué una pasión sin importancia... ¡Lo sé... bien!

Se detuvo unos momentos y continuó:

—¿Y de Alix qué me cuentas? Comprendo que me porté cruelmente con ella al insuñar a su madre, y estoy muy arrepentida.

—Precisamente he recibido una carta suya. Lee.

La monja puso sus ojos en el escrito:

Gil:

Cuando te diga que jamás amé a Jerónimo y que nunca podría haberle amado, me com-

prenderás y tal vez acabarás de comprenderme cuando sepas que mi amor será siempre para otro.

Alix.

—¿Y no tienes una idea de quién es ese otro a quien ama? —preguntó Toppie.

—¡No... no puedo adivinar!

Pero la monja con fina psicología de mujer, dijo:

—No sé... pero cuando cierro los ojos, os veo siempre juntos... ¡Tienes que ir a Francia a luchar por ella!

—Pero...

—¡Ella te ama, Gil... ella te quiere. Las mujeres adivinamos esas cosas mejor que vosotros los hombres.

—¡Toppie! ¿Pero tú...?

Ella le señaló las albas tocas... ¡Era ella de Dios... de nadie más! Y el joven se marchó de allí, afligido, melancólico, pensando sin embargo en la necesidad que tenía de ir a salvar a Alix.

¡Sí, Toppie era de Dios!... Esta mujer no le quería, su único recuerdo era para Owen...

—Por qué pues no comenzar una nueva vida? ¡Pobre Alix!

Marchó a Francia. A medida que se acercaba a Niza creía ver a Alix aureolada por insospechadas bellezas. Si ella le quería, él estaba

dispuesto a consagrarse en lo sucesivo su corazón.

Llegó a casa de Elena de la que acababan de marchar los últimos invitados. Pero por algunas conversaciones que tuvo con ellos recogió el rumor de que Alix se veía cortejada por Valenbois.

El joven, dispuesto a que Alix no se perdiera como su madre, habló con Elena. Ella dió grandes muestras de alegría al verle, pero luego se sintió invadida de pesar.

—Señor Gil, usted me ve sufriendo un castigo... un castigo que aun usted a pesar de su rígida moral, no podía haber previsto.

—¿Cuál es?

—¿Qué cruz más grande puede llevar a cuestas una madre que la de ver a su hija infeliz por su culpa? Ella se aburre conmigo.

—¡Infeliz! ¿Y quién más que usted es la responsable? Es preciso levantar el corazón y apartar a su hija de este ambiente malsano de fiestas. ¿Qué explicación me da usted acerca de lo que se dice por aquí de ese señor de Valenbois?

Ella lanzó un suspiro.

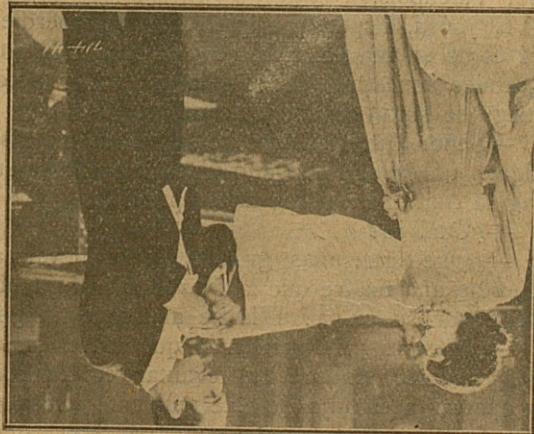
—Al señor de Valenbois le he despedido de mi casa, pero no quiere marcharse —dijo.

—¿Me permite usted hablar dos palabras con él a solas?

—¡Oh, sí!

Ella misma fué a buscar a Valenbois, quien se presentó muy sorprendido.

Los dos hombres quedaron solos. Gil conteniendo su furor contra aquél sujeto que parecía querer apoderarse de la inocencia de Alix, le dijo:



Alix se veía cortejada por Valenbois.

—¿Por qué insiste usted en quedarse en esta casa, caballero?

—¿Qué derecho tiene usted en hacerme esta pregunta?—repuso con insolencia.

—El derecho de un amigo... de un amigo

que sabe ha sido usted despedido por la señora de la casa.

—La señorita Alix no me ha despedido todavía...—rugió furioso.

—No se excite usted de esta manera.

—¡Es que usted me falta! ¿y con qué derecho?

—Yo voy a casarme con la señorita Alix, ¿entiende?

En aquel instante Alix entró en la habitación y escuchó aquellas palabras. ¡Quedó maravillada al ver a Gil! ¡El, el hombre que quería!

Valenbois rugió, señalando a Gil:

—¿Es verdad lo que este hombre ha dicho, señorita? ¿Que está dispuesta a casarse con él?

Vació unos momentos Alix y luego respondió:

—¡Sí... me casaré con él!

—¿Quién podía pensarlo? ¡Otro desengaño!

Y el viejo tenorio se retiró para no volver más.

Quedaron mirándose frente a frente los dos jóvenes. Gil estaba asombrado ante aquellas palabras.

—Alix... Alix... ¿cómo has podido decir eso?

Ella sonrió... y bajó los ojos.

—Yo dije que me casaría contigo—exclamó Gil—para librarte de Valenbois, pero sé que

no me amas. ¿No me dijiste que amabas a otro?

—Ese otro...—suspiró Alix— ese otro... eres tú...

—¡Oh, Alix!

—¡Pero... déjame... no puede ser! ¡Ese otro... ama... a otra!

Una sonrisa se dibujó en los labios de Gil.
—Si te refieres a Toppie y a mí... nuestro amor fué un sueño... Ella ha entrado en un convento... nunca me ha amado, piensa sólo en Owen... Yo me he convencido de que tú eres mi elegida...

Y la abrazó y selló su promesa con un beso.

Sí, Alix, sería su vida... y se casaría con ella... contra todos cuantos se opusieran. Verían los dos a Londres y la señora de Verrier seguiría su vida de frivolidad y ligerezas, pero ya apartada de su hija... Alix, pura y angelical, iba a ser la esposa de un noble inglés. Y quién sabe también si libre Elena de la preocupación de Alix, emprendería una senda honrada, encontrando un honrado amor...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO: La finísima comedia
NOVIOS EN CUARENTENA
por BEBE DANIELS y HARRISON FORD

[B.]